

LAS BALAS DE PETARE

La mayor favela de América Latina está en Caracas. Más de un millón de personas se arremolinan en un lugar que reúne en torno a 1.000 barrios marginales. Las escenas de miedo se entrecruzan por sus calles con el sonido de la salsa y los vallenatos.



Texto:
ANDROS LOZANO
PETARE (CARACAS)

A

de pertenecer a la banda *Los Catorce* le otorgaba la certera convicción de que muchos hombres y mujeres (sobre todo los varones) deseaban verlo acabar dentro de un ataúd. Ese final sólo se lo

Mauricio nunca se le iba de la cabeza aquella espeluznante idea: ‘algún día, más tarde que pronto, moriré asesinado’. Pese a que no tenía enemigos abiertamente declarados, sabía que el hecho

deparaban algunos, los de mejor corazón. Otros, los que más inquina le guardaban, anhelaban fervientemente verlo descuartizado, comido por las balas desde los pies a la cabeza o ardiendo en un vertedero entre los desechos de basura.

Esa sensación de miedo extremo que llevaba adherida a su piel desde hace muchos años, se la transmitió a su amigo Carlos Rodrigo *El Pirata* delante de una copa de ron con hielo durante la cita semanal —ineludible— que mantenían los dos chicos. Fue una húmeda noche de diciembre pasado en el lugar de siempre, un antro a los pies de Petare, la mayor favela de toda América Lati-

na, donde los dos amigos nacieron casi a la par y se criaron juntos, aunque en su adolescencia la vida de ambos comenzó a discurrir por caminos diferentes (que no opuestos).

“Chamo, cualquier día me balacean por la calle y ahí acabó todo. Mi pana, saber que tu vida se puede acabar así, en un chasquido de dedos —Mauricio hizo el gesto a poco más de tres centímetros de los ojos de su amigo— es muy jodido”. *El Pirata* no supo qué decir. Prefirió callar.

Luego, tras esa confidencia sacada de lo más íntimo, Mauricio sorbió un largo trago de ron hasta acabar con él, jugueteó con el hielo de su copa

durante un par de minutos y pagó su consumición y la de su amigo. “Hablamos, mi pana. La semana que viene nos vemos”, dijo justo después de dejar 200 bolívares sobre la barra de aquel oscuro bar y pasar bajo el quicio de la puerta de salida.

POBREZA EN EXPANSIÓN

Vista desde el teleférico que cruza la mayor favela de Latinoamérica, Petare es un inmenso e inabarcable arrabal de calles empinadas y serpenteantes repletas de centenares de miles de infraviviendas. En su mayoría, las casas presentan fachadas de ladrillo sin revestir. Muchos de esos ‘ranchos’

LABERINTO HUMANO

Los todoterrenos son casi el único modo de moverse por el barrio más populoso de Venezuela. Las colinas y las aceras de apenas 30 centímetros alimentan la violencia y la pobreza.



VIVIR CON LA MUERTE.

La policía de Sucre cifra en 45 las muertes cada semana a causa del crimen. Aunque las cifras oficiales hablan de medio millón de habitantes, las oficinas dicen que más de un millón de seres humanos, muchos extranjeros, intentan sobrevivir en Petare.

están lavantados sobre terrenos inestables y uno encima de otro, creando edificaciones de hasta ocho alturas sin la más mínima garantía de que aquello no vaya a hundirse en cualquier momento si se produce un deslizamiento de tierras, algo común aquí. El cableado de la luz cruza de un lado a otro de las aceras por encima de las cabezas de una muchedumbre en continuo movimiento y un denso tráfico de vehículos. Predominan los todoterrenos porque sus calles tienen pendientes tan pronunciadas que pocos coches pueden ascender hacia lo alto de los cerros.

Para el ojo humano es imposible divisar la favela en su plenitud: este intrincado laberinto se extiende sobre una superficie que, debido a su continua expansión, ni siquiera pueden concretar con exactitud las autoridades de Sucre, el municipio de Caracas donde se encuentra. Aquí las cifras oficiales hablan de poco más de medio millón de habitantes. Pero las oficinas dicen que Petare alberga cerca de 1,2 millones de almas repartidas en alrededor de 1.000 barrios que, en su conjunto, conforman un todo colosal donde la inmigración se ha afincado.

En este lugar, en barrios como Julián Blanco,

Vista Hermosa o Unión, conviven venezolanos, colombianos, peruanos, bolivianos, ecuatorianos, paraguayos... Muchos de ellos, los extranjeros, sin ni siquiera estar censados en el país. Son simples fantasmas vagando por una inmensidad que los fagocita. Es tal la densidad poblacional de Petare —registra la más alta de todo Venezuela— que los viandantes sólo disponen de 30 centímetros de acera para caminar. El resto está ocupada por los *buhoneros*, los comerciantes ilegales que venden desde fruta a cemento, desde chicharrones a tortitas de maíz.

A simple vista, desde la altura de un teleférico, la vida en Petare transcurre sin sobresaltos. Pero a poco que uno pone los pies en la favela se da cuenta de la realidad del lugar, donde semanalmente mueren a causa de la violencia 45 personas, según datos aportados por la policía de Sucre.

Entre sonidos de salsa, cumbia y vallenato, entre la gente común con vidas comunes, entre los atiborrados autobuses que llevan al trabajo a muchos hombres y mujeres, entre los niños que caminan con legañas en los ojos camino del colegio, entre los comerciantes que tratan de ga-



narse el pan del día, entre todo esto a uno le resulta fácil toparse de frente con el rastro de la violencia que azota Petare y que va dejando señales por doquier.

En la mayor favela de América Latina las paredes de algunas casas muestran el agujero dibujado por el impacto de los balazos durante una noche cualquiera de enfrentamientos entre bandas juveniles, narcotraficantes o contrabandistas. En muchas de las esquinas de las calles que van ascendiendo en forma de serpiente hay espejos instalados estratégicamente. Situados cada uno con la angulación exacta, sirven a los *malandros* (delincuentes en el argot venezolano) como sistema de cámaras de seguridad para saber qué ocurre en su territorio. Si la Policía o sus rivales llegan, ellos lo saben de antemano.

UN FINAL ANUNCIADO

Carlos *El Pirata* detiene su coche delante de la puerta de El Botín, el antro de Petare donde habitualmente tomaba ron con Mauricio. Al entrar, me presenta al chico que está detrás de la barra. Se llama José, tiene 28 años, es mulato y, a ojo, se calcula que no debe pesar menos de 150 ki-

LOS DELINCUENTES INSTALAN ESPEJOS EN LAS ESQUINAS A MODO DE CÁMARAS DE SEGURIDAD ANTI POLICÍA

los. “Pero me llaman *El Caimán*, no te apures, mi pana”, dice mientras estrecha fuertemente mi mano.

El Botín es un lugar con personalidad. La barra, de madera robusta, soporta con parsimonia los codos de una decena de hombres, algunos más vociferantes que otros. Una cristalera de estanterías repletas de bebidas alcohólicas —predominan el ron y el whisky— nos ofrece a mí y a Carlos nuestro propio reflejo. Él es un tipo delgado, camisa azul, pantalón vaquero, nariz aguileña e incipientes entradas. El bar está oscuro, casi en penumbra, y de algún extraño lugar procede el sonido de un disco de salsa. Como se puede fumar, y hay poca ventilación, cuesta ver más allá de nuestras propias narices. Sin preguntarme,



pide ron con hielo para ambos.

—“Mauricio lo presentía. Sabía que su muerte estaba cerca. ¿Sabes? A veces pienso que el ser humano es capaz de saber que pronto le va a ocurrir una desgracia”.

Carlos habla cabizbajo, en un tono reflexivo. Sólo de vez en cuando mira a los ojos. A sus 30 años, en marzo perdió a su mejor amigo, al chico que un día, siendo apenas unos retacos, le salvó de llevarse una paliza a manos de un adolescente matón. “Era como mi hermano mayor. Ambos de la misma edad, aunque él tenía dos meses más que yo. Siempre me sacaba de los aprietos. Tenía un corazón inmenso —explica *El Pirata*—. Pero eligió el mal camino”.

El mal camino del que habla Carlos fue el de la delincuencia. Mauricio comenzó a dejar de estudiar y a faltar a clase a los 12 años. Él, en cambio, se licenció en Derecho, logró “salir de Petare” y comprarse una casa en Palos Grandes, un zona tranquila de Caracas. Pero su amigo pronto empezó a coquetear con las bandas juveniles, a fumar maría y a hacer sus primeros robos. Luego, con 18 años, pasó a formar parte de *Los Catorce*, el grupo de 14 jóvenes que controlaban el menudeo de drogas en algunas zonas del barrio Sebuacán.

—Lo mataron a los tres días de habernos visto. Según algunos testigos con los que habló la Policía, dos hombres lo arrinconaron antes de llegar a su rancho. Al parecer, estuvieron hablando con él varios minutos, comenzaron a discutir y, en la refriega, le metieron dos balazos. No se sabe quiénes fueron, pero supongo que fue un ajuste de cuentas por algún asunto turbio.

EL MENUDEO DE DROGAS, LA PROSTITUCIÓN Y EL ROBO SON EL MODO DE VIDA DE MUCHOS JÓVENES DE LA FAVELA

—¿Qué asuntos?

—¡Qué más da! Drogas, putas, robos... Da igual, él ya está muerto.

La cita con Carlos en El Botín dura apenas media hora. Mientras conduce de regreso en su coche hasta el apartamento se le nota distante. Apenas habla. Yo, por respeto, decido no volverle a preguntar sobre lo ocurrido la noche de la muerte de su mejor pana. Sin embargo, le pregunto por cómo fue su niñez.

—¿La niñez de Mauricio? Una mierda. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando sólo tenía diez años. Ahí empezó todo. Tampoco tenía hermanos. Hasta los 15 estuvo con una tía, una hermana de su padre. Luego la calle se adueñó de él. Una noche podía dormir con su chica de turno y otra en mitad de la acera.

Carlos interrumpe la conversación. “Hemos llegado”, dice a los pies del edificio. “Ha sido un placer”. Así termina la noche en la que *El Pirata*, en un antro de Petare, recordó su amistad con Mauricio. Una amistad, ambos podían postar por ello, interrumpida por una muerte violenta mucho antes de tiempo. ●

LA FURIA

En el enclave más peligroso del segundo país más violento del mundo tras Honduras—Venezuela registró en 2013, según Naciones Unidas, 53,7 homicidios por cada 100.000 habitantes— muy pocos han olvidado aquel sangriento fin de semana de principios de febrero de 2013. Durante 72 horas la muerte se adueñó de Petare.

En uno de los despachos de la comisaría de Sucre un diligente policía me entrega en mano una pila de informes. “Aquí tiene. Esto es puro plomo”, me dice. La documentación reúne los atestados de los 17 asesinatos perpetrados entre los días 1 y 3 de aquel fa-

tídico mes del año pasado. Comienzo a echarle un ojo con más detenimiento horas después en el comedor del diáfano apartamento que he alquilado durante varias semanas en Caracas. Allí, sentado al sofá y acompañado por mi bloc de notas, resumo cada caso y me doy cuenta de que el barrio José Félix Ribas se convirtió en una improvisada morgue en mitad de Petare.

En José Félix Ribas murieron 10 personas. Eugleiber Francisco Suárez, de 38 años, recibió un tiro en el pecho cuando varios delincuentes quisieron robarle su dinero y su teléfono móvil. Darwin Gómez, 25 años, mu-

rió a balazos en el fuego cruzado entre dos bandas rivales. Yorbin Castro y José Ángel Azuaje, de 17 y 18 años respectivamente, fueron tiroteados tras intentar escapar de unos malandros que quisieron robarles. Jonathan Suárez, 20 años, murió por disparos de agentes de la policía del Estado de Miranda. Según el atestado, algunos vecinos declararon que el chico “sembraba el pánico” en el barrio desde hacía años. Elvis Salcedo, también 20 años, primero fue apuñalado y luego acribillado con tres disparos en la espalda cuando conversaba con sus amigos a veinte metros de su casa.

Dos hombres desconocidos, sin mediar palabra, arremetieron contra él. Fue un ajuste de cuentas. El dramático fin de semana en José Félix Ribas se cerró durante la madrugada del domingo. Una banda de pistoleros mató de una tacada a Dilmer Silva, de 22 años, a los mellizos John y Renzo Celis, de 27, y a Janis Méndez, de 35, mientras conversaban en la calle.

El reguero de sangre continuó durante esas fechas en distintos barrios de la favela. Alejandro Fermín, de 32 años, hijo del político Claudio Fermín, fue asesinado a tiros cuando llegaba a su residencia de la urbanización La

Estancia. Los asesinos quisieron robarle su Ford Fiesta y él opuso resistencia. Un caso muy similar fue el de la abogada Fabiana Daniela Luján, de 27 años, que murió de un disparo en el rostro cuando quiso evitar que unos asaltantes le robasen su coche en el barrio Sebuacán.

En la barriada Unión a Jerry Ulloa, de 18, lo mataron tras salir de una fiesta en casa de su tía. Alguien le apuñaló para robarle su Blackberry. A Douglas Mendoza, de 35, dos delincuentes lo asesinaron a balazos. Varios de ellos fueron a parar al rostro del hombre. En Unión también murió

a tiros Carlo Mendoza, de 23 años. Fue víctima de los disparos de un grupo de exaltados menores de edad. En otro barrio, en La Dolorita, encontraron el cuerpo sin vida de Roberto Villegas, 31 años. “Miembro de una banda de robamotos”, presentaba heridas de bala y hematomas en rostro y cabeza. En Mariches también apareció muerto Adolfo Hernández, de 23 años. Lo encontraron desnudo, con quemaduras y con impactos de bala en varias partes de su cuerpo en plena calle. “Ya está bien de notas por hoy”, me digo a mí mismo justo antes de cerrar la libreta de apuntes.